

HORACIO CRESPO

Reuelta en tiempo nublado

OCTAVIO PAZ Y LA HISTORIA PRESENTE

Si la humanidad es ciertamente, según la fórmula de Bergson, una máquina de fabricar dioses, la humanidad vive una metamorfosis, no la muerte de los dioses.

Raymond Aron

I

En una entrevista reciente, José Aricó nos decía: "La cuestión es que los problemas que suscita Paz constituyen los problemas centrales, y que cuando la izquierda los evita está evitando justamente la discusión de los problemas más urgentes, más dramáticos, más decisivos"¹ Una justa apreciación para caracterizar el último libro del poeta mexicano, dedicado íntegramente a la reflexión acerca de los temas claves de la historia del mundo presente. Y digo deliberadamente *historia del presente*, aunque suene paradójico, ya que en *Tiempo nublado*² —acentuando una característica de la ensayística de Paz sobre política, sociedad y cultura— los procesos que cotidianamente nos preocupan, y muchas veces nos deprimen y abruma con su impacto diario de noticia e impresión inmediata, son tratados fundidos en el análisis de la tradición histórica que los ha ido conformando, otorgando sus posibilidades de existencia, encarnando en hombres que soportan y recrean ese peso. Hombres específicos, *distintos*, que con su trájín y su drama van constituyendo el espesor de las situaciones concretas. La historia se muestra viva en el presente, actuando con fuerza de vorágine, marcando su impronta en el futuro: los hombres somos "hijos del tiempo", esa sustancia de la historia que es a la vez nuestra miseria y nuestra esperanza, concepción central en la mirada de Paz sobre este convulsionado, crucial momento que vivimos.

El pensamiento de Paz sobre la historia es denso y complejo. En un ensayo penetrante acerca del tema³ —que por cierto está a la espera de un tratamiento amplio y sistemático—, Masao Yamaguchi señalaba algunas de sus notas características: la historia no es una sino plural; el reconocimiento de la diversidad de sociedades y civilizaciones; la crítica del tiempo unilineal y la asunción de la multiplicidad de los ritmos históricos; la desasosegante presencia de la diferencia, del y de lo *otro*. Resumiendo, repitiendo: pluralidad, diversidad, multiplicidad. Pero también la "historia" —el relato, hágase como se haga, de los acontecimientos sucedidos en el tiempo cualquiera sea su índole— es vista por Paz como la proyección de la imagen propia elaborada sobre el mundo, e integrada así al sistema de mitos y al ritual, los mecanismos mediante los cuales las sociedades fijan lo diacrónico en lo sincrónico y reaseguran un orden fundado básicamente en la inteligibilidad del entorno cósmico y mundano que ellos instituyen. La funcionalidad mítica del relato his-

tórico queda así subrayada, elemento de enorme poder ejercido abrumadoramente por los totalitarismos antiguos y modernos. Alertado de este poder, con gran perspicacia el escritor checo Milan Kundera señaló que el objetivo del estalinismo no era modelar el futuro sino cambiar el pasado. Su victoria, de lograrlo, sería completa. La única defensa es el ejercicio de ese "ácido corrosivo", como llama Paz al pensamiento crítico, que desdibuje y desgaste los petrificados automatismos míticos permanentemente reactualizados por los rituales.

En la realidad contemporánea, que se pensó unificada unilinealmente a escala planetaria como resultado de la expansión/dominación de Occidente en todos los órdenes, la historia-representación del liberalismo, del positivismo y del marxismo —heredero putativo éste de aquéllos— establece su discurso como atributo y marca de su poder. Pero este pretendido discurso único, esta homogénea racionalidad, ha estallado junto con la realidad que era su soporte. Viejos topos, subsistieron y finalmente se impusieron otras historias, las "invisibles", las ilegales, que hoy resurgen resurreccionan, con una fuerza hasta hace poco imprevisible, encajadas en las rebeliones, las revueltas de los pueblos. Pluralidad de historias que se van paulatinamente fundiendo en la presente, en un magma pleno de ebulliciones, disturbios, caos, muy lejos de la pretendida unidad lógica soñada y planeada por los teóricos del progreso positivista. En este magma está el origen y las razones reales de los equívocos, los malentendidos, los odios no reprimidos, los discursos irreductibles unos a otros, que hoy caracterizan las relaciones internacionales y las realidades de muchos sitios "calientes". Los diálogos, si no imposibles, resultan difíciles. A veces alucinantes, a veces impotentes intercambios de sordos históricos. El análisis que hace Paz de los monólogos cruzados entre Teherán y Washington, entre Carter y el Imán Jomeini, durante la crisis de los rehenes, resulta paradigmático: muchas de las actuales relaciones entre bandos, países, sistemas, culturas, civilizaciones se resumen en esa trágica serie de investivas entre tiempos traslapados. El entrecruzamiento de la "cuenta larga" y la "cuenta corta" de los mayas, de "estructura", "coyuntura" y "acontecimiento" en conceptos de Braudel, adquiere hoy más que nunca antes una crucial y candente condensación: signo insoslayable de nuestro tiempo de *revueltas, resurrecciones, particularismos, mutaciones*. Palabras que recorren todo *Tiempo nublado*, que lo cargan semánticamente con un peso que muchas veces aventaja el discorrir argumental, que son la llave de intelección del torbellino que se agita en la política mundial. Tiempos de cambio, de cambio acelerado, cuajado de amenazas pero también ¿por qué no? de esperanzas.

En *Posdata*, en su memorable *Crítica de la pirámide*, escribe

Paz: "Todas las historias de los pueblos son simbólicas; quiero decir: la historia y sus acontecimientos y protagonistas aluden a otra historia oculta, son la manifestación visible de una realidad escondida. Por eso nos preguntamos: ¿qué significaron realmente las Cruzadas, el descubrimiento de América, el saqueo de Bagdad, el Terror jacobino, la Guerra de Secesión norteamericana? Vivimos la historia como si fuese una representación de enmascarados que trazan sobre el tablado figuras enigmáticas; a pesar de que sabemos que nuestros actos significan, dicen, no sabemos qué es lo que dicen y así se nos escapa el significado de la pieza que representamos. ¿Alguien lo sabe? Nadie conoce el desenlace final de la historia porque su fin es también el fin del hombre. Pero no podemos demorarnos en estas preguntas sin respuesta porque la historia nos obliga a vivirla: es la sustancia de nuestra vida y el lugar de nuestra muerte. Entre vivir la historia e interpretarla se pasan nuestras vidas. Al interpretarla, la vivimos, hacemos historia; al vivirla la interpretamos: cada uno de nuestros actos es un signo. La historia que vivimos es una escritura; en la escritura de la historia visible debemos leer las metamorfosis y los cambios de la historia invisible. Esa lectura es un desciframiento, la traducción de una traducción: jamás leeremos el original. Cada versión es provisional: el texto cambia sin cesar (aunque quizás siempre dice lo mismo) y de ahí que de tiempo en tiempo se descarten ciertas versiones en favor de otras que, a su vez, antes habían sido descartadas. Cada traducción es una creación: un texto nuevo..."⁴ Una página insustituible, un texto exacto que sintetiza toda una concepción filosófica de la historia, rotundamente antiteleológica —mejor dicho *a-teleológica*—, del lugar del sujeto en la historia y de la hermenéutica del devenir. La historia, nos dice Paz, no tiene un sentido otorgado por un supuesto puerto seguro de arribada: lo tiene, en todo caso, a partir de los actos y los sueños de los hombres que la viven y la hacen. Pero no en una dimensión puramente "existencial", sartreana podríamos decir, sino como representación/traducción de un pasado que se reescribe en el presente, y que volverá nuevamente transmutado en el futuro: "Lo supieron los arduos alumnos de Pitágoras...", en el decir de Borges.

¿Cómo operan estas sucesivas reescrituras? ¿Cuáles son los mecanismos que las disparan, que rompen los anclajes? Paz no nos lo dice. Pueden leerse en *Posdata*, en *Tiempo nublado*, formas concretas adoptadas en historias precisas. Intuyo una analogía en la explicación que el biólogo y premio Nobel François Jacob hace de los mecanismos de la evolución: "La evolución no saca sus novedades de la nada. La evolución consiste en hacer lo nuevo con lo viejo (...) la selección natural opera a la manera de un *bricoleur* que recupera todo aquello que le cae en las manos, trozos de cordel o de madera, una caja o una pieza de metal, para crear un objeto que funcione. Esto es exactamente lo que hace la evolución cuando toma un segmento de esófago para fabricar un pulmón, un fragmento de maxilar para hacer una oreja y coloca un cerebro sobre el conjunto"⁵ Este modo operativo de la naturaleza es similar al del "pensamiento salvaje" levistraussiano; puede hacerse extensivo a la historia. La concepción de la historia de Paz suscita la pregunta: ¿los resurgimientos, las vueltas del tiempo "inventan" su material solamente a partir de lo disponible, de lo que está a mano provisto por esa "historia invisible"? Los hombres crean su presente con los rezagos del pasado, no en una articulación signada por lo racional —no hay Espíritu autorealizando en la Historia— sino bajo las reglas de una combinatoria condicionada por las

formas, pulsiones y estructuras afianzadas en su permanencia. La historia de los hombres se concibe así quizás, como la resultante inesperada de un Logos descentrado, corporizado en la acción de los hombres y en los discursos acuñados sobre ella. Palimpsesto permanentemente actualizado, cobra sentido únicamente a través de las múltiples reinscripciones de las prácticas sociales.

Un tanto aventuradamente —en el sentido en que fuimos un poco más allá de lo dicho explícitamente por Paz, aunque creo que siguiendo su dirección— hemos llegado a un punto central de su explicación/traducción de fenómenos muy impresionantes de nuestra contemporaneidad: el resurgimiento de religiones, de cauces antiguos de civilizaciones envejecidas, de formas culturales y políticas que paradójicamente son absolutamente novedosas por su grado de regresión, en suma lo que el mismo Paz llama la "sublevación de los particularismos", elemento central de análisis en *Tiempo nublado*: "Lo que caracteriza a este fin de siglo es el regreso de creencias, ideas y movimientos que se suponía desaparecidos de la superficie histórica. Muchos fantasmas han encarnado, muchas realidades enterradas han reaparecido", afirma. Este retorno sorprendente ha llegado aupado en las *revueltas*, en el doble sentido de disturbio y mudanza violenta de un estado a otro y en el de cambio que es regreso a los orígenes. El caso de los imanes chiitas del Irán resultó el más escandaloso para la conciencia occidental todavía semiapoltronada en la butaca cómoda del progreso y la modernidad, pero los ejemplos no se agotan allí: el latido de la historia invisible está palpitando por doquier. Esta dialéctica estremecedora del tiempo presente no es monótona repetición, ya lo vimos: es reactualización. Paz ha expresado con precisión esta idea a fines de 1976, en la presentación de la revista *Vuelta*: "Vuelta quiere decir regreso al punto de partida y, asimismo, mudanza, cambio. ¿Dos sentidos contradictorios? Más bien complementados: dos aspectos de la misma realidad, como la noche y el día. Damos vueltas con las vueltas del tiempo, con las revoluciones de las estaciones y las revueltas de los hombres; al cambiar, como los años y los pueblos, volvemos a lo que fuimos y somos. Vuelta a lo mismo. Y al dar la vuelta, descubrimos que ya no es lo mismo: el que regresa es otro y es otro a lo que regresa. El mismo y el otro, lo mismo y lo otro: nosotros que somos otros, vosotros, los mismos"⁶ Búsqueda en lo profundo, retorno a los orígenes, fatalidad del cambio, reconocimiento de identidades empañadas, lo mismo y lo otro en la inexorabilidad del tiempo y en la espiral dialéctica de acción, sueño y pasión que es la historia: "Pa-recido no es identidad".

Resulta imprescindible para una comprensión cabal de la concepción de la historia de Octavio Paz el análisis que hace de las palabras *revolución*, *revuelta*. Análisis desplegado en *Corriente alterna*, en la conversación con Claude Fell. Una mutación decisiva hizo que revolución de referirse al tiempo cíclico, al regreso inexorable al punto original, saltara semánticamente al campo del tiempo rectilíneo del progreso, de la historia como marcha disparada hacia el futuro, de la ruptura radical con el pasado y la inauguración de un nuevo orden. De la repetición circular a la recta con cara sólo hacia el mañana. Revuelta, instalada antes en un presente caótico y tumultuoso, se desplazó al reino de un Jano ambiguo instalado en el hoy, pero recuperando una ciclicidad renovada que introduce el pasado siempre vivo en el presente, horadando así subrepticamente el futuro. Palabras, signos en rotación al fin. Revueltas resulta así una noción esencial para el entendimiento de lo que acontece en esta "realidad en mo-

vimiento, aparición en nuestra historia de otro tiempo y otro espacio”, que es la nuestra. La tragedia actual se resume en una frase: “Ahora sé — dice Paz en “Una mancha de tinta”, diálogo filosófico que ocupa un lugar central en *Tiempo nublado*— que las revueltas se petrifican en revoluciones o se transfiguran en resurrecciones”. Y sin embargo, a pesar de esa nota de pesimismo velado, el mismo Paz se apasiona en el análisis de los particularismos, esa resistencia de lo diferente, ese resurgimiento de lo otro —cualquiera que sea su resultado inmediato— que certifica que el totalitarismo reduccionista enfrenta enemigos más poderosos que los imaginados. Son vanos los esfuerzos de confinar esas resistencias al corral de la ignorancia y del atraso. La tozuda revuelta de los hombres anclados en sus tradiciones, en su historia, frustra las profecías de los teólogos del reino de la Verdad con mayúscula y del mundo uniforme del Big Brother. No han podido confiscar el sentido de la Historia, simplemente porque la Historia no existe: sólo hay historias.

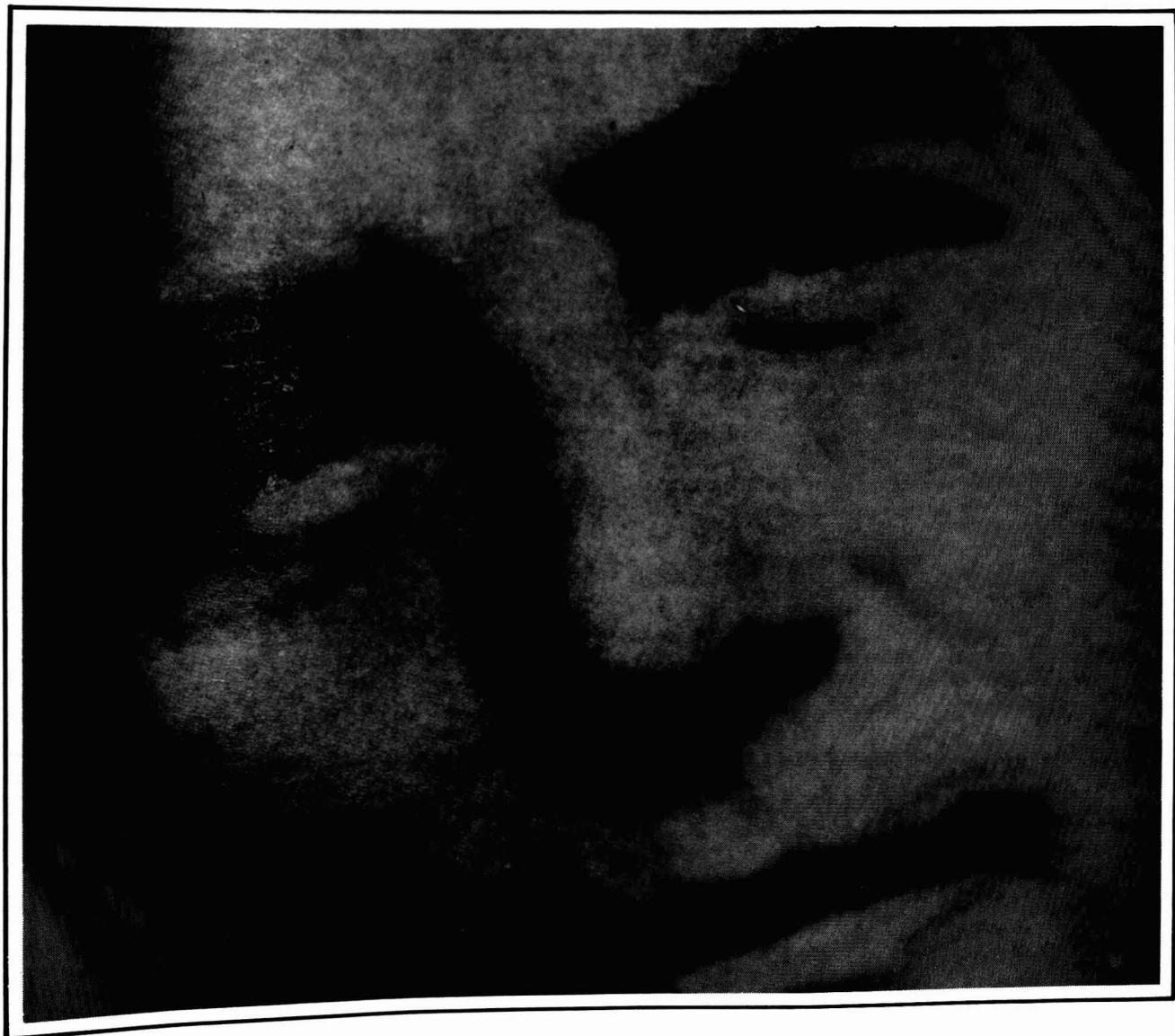
II

La mirada de Paz interroga vastamente al mundo actual. Sus temas en *Tiempo nublado* son: las democracias europeas,

los Estados Unidos, la Unión Soviética, el Tercer Mundo —de paso, Paz no comparte esta designación por ser una “trampa semántica” que oculta la diversidad, los “muchos mundos” del Tercer Mundo—, China, India, Japón, Irán, el mosaico árabe. La segunda parte del libro agrupa tres textos: el primero dedicado a México y Estados Unidos, el segundo el importante ensayo “América Latina y la democracia” y, finalmente, cierra el volumen un artículo sobre la cuestión polaca y Solidaridad. Entre ambos bloques un diálogo filosófico —“Una mancha de tinta”— en torno a los problemas del tiempo y de la historia.

Una rápida revisión de algunas de las tesis principales contenidas en los ensayos puede resultar útil para reflejar las coordenadas del pensamiento político concreto de Paz, aunque la rigidez de nuestra enunciación afecta sensiblemente una característica singular de sus textos: los matices, su sorprendente movilidad, la plasticidad de los planteos y argumentos, la dinámica confrontación de ideas, cualidades de estilo que tienen todas que ver con sus concepciones profundas acerca de la historia.

Al analizar las democracias del Occidente europeo Paz parte de un hecho no frecuentemente reconocido, ni aún por sus mismos beneficiarios directos: nunca tantos habían teni-



do tanto, en el marco de una enorme tolerancia en ideas y costumbres. El fundamento de esta prosperidad, de este inédito éxito social: "Capacidad productiva, libertad sindical, derecho de huelga, poder para negociar", en síntesis las notas distintivas de las modernas democracias industriales, y a la vez reverse de los socialismos reales a los que en un texto recientemente publicado en *Vuelta* Hans Magnus Enzensberger llama con ironía cáustica "el más alto estadio del subdesarrollo". Sin embargo, estas exitosas sociedades conocen una fuerte erosión en los últimos años y un marcado descenso de su influencia en el mundo. La razones, múltiples, se reconocen más que en la crisis económica o en razones específicas de coyuntura, en resortes profundos de naturaleza cultural y política. Europa occidental eligió el camino de la "prosperidad sin grandeza", del "hedonismo sin pasión ni riesgo". Sus dirigentes eludieron en su mayoría las responsabilidades históricas en el mundo para refugiarse en una suerte de mezquina "cordura municipal" de gerentes avisados. La abundancia y el consumo desenfrenado instauraron entre los occidentales la moral del bienestar individual sobre la virtud del ciudadano, como también advertía recientemente Aron. Un hedonismo que no es sabiduría —no hay ecos de Epicuro— sino dimisión, abdicación, cobardía. Paz, un poeta de lo erótico, un cultor del cuerpo, un recreador del poder subversivo de la fiesta, no vacila en mostrarse repugnado por esta degradación del erotismo, por esta chabacana mecanización del placer: "a la guerra fría sucede el libertinaje en frío" anunciaba ya en *Conjunciones y disyunciones*. Cara complementaria, un nihilismo que no es la negación crítica de los valores, herencia nietzscheana, sino su disolución en una indiferencia pasiva. Su resultado: a la negación crítica y pasional del Estado y la autoridad, al pasaje "de la glorificación del viejo solitario a la exaltación de la tribu juvenil" que constituyó la rebelión estudiantil de los sesenta, sucedió la llaga abierta del terrorismo de las "bandas de fanáticos".

Esta problemática de las sociedades industriales de la abundancia y el consumo asfixiante sacude también a Estados Unidos. Sin embargo, la principal preocupación de Paz respecto a la "república imperial" —en la aguda síntesis aroniana— es el interrogante respecto de su naturaleza fundamental. ¿Qué son los Estados Unidos? La respuesta pertenece a la "cuenta larga", al sentido de su originalidad histórica presente en su misma fundación: una nación constituida para que "sus ciudadanos pudieran realizar libre y pacíficamente sus fines privados". El Estado aparece así reducido a su *mínimum*, si no en la acción práctica al menos como depositario de un sentido social último. Fundados para librarse del peso de la historia y de la carga metahistórica que el Estado asignaba a las sociedades en el pasado —nos dice Paz—, resulta cierto de todos modos que se transformaron en un imperio: están en el mundo y están en la historia. Ambas cosas son contradictorias con su base fundacional y los norteamericanos se ven sacudidos por una profunda inestabilidad psíquica, están *contrariados*, desasosegados. El aislacionismo y el hedonismo, el moralismo y el empirismo son las respuestas a la inadecuación básica de los Estados Unidos con la historia que tanto afecta sus relaciones con el mundo. La actitud de los intelectuales es reflejo de esta incompreensión. Su política exterior también responde a esta ecuación compleja: en realidad se guía por las compulsiones internas y no por la *prudencia*, la facultad de orientarse en la historia. Ominosamente recuerda Paz que "las luchas de partidos, más que las armas espartanas, causaron la pérdida de Atenas". No vacila en afirmar textativamente la superioridad de Estados Unidos

sobre la URSS, en sistema y en potencia; duda de su capacidad de liderazgo político, en su decisión real de asumir sus compromisos históricos. "Hoy aparece el lado oscuro de las cosas...", dice un verso del poema de Melville que Paz transcribe como colofón de su ensayo, y en la sombría perspectiva de nuestro tiempo nublado reclama, para la salud de la Unión Americana y ciertamente del mundo, una vuelta a los orígenes, a los fundamentos de la nación, a la gran tradición moral de la crítica. Que sea democracia y no imperio, si todavía es posible...

"Moscú es la capital ideológica y política de una creencia que combina el mesianismo religioso con la organización militar". Esta cita condensa una tesis fuerte de Paz respecto a la naturaleza de la Unión Soviética. El imperio soviético no solamente pretende dominar espacios y extraer beneficios sino que hace de la ideología la sustancia misma de su política de dominación. No solamente es expansionista sino que además convierte forzosamente a los dominados a su ortodoxia. Aparentemente, su fortaleza es enorme, similar a su monolitismo. Sin embargo enfrenta una contradicción esencial: la URSS es una sociedad jerárquica de castas; también es una sociedad industrial avanzada. Por lo primero tiende al inmovilismo, por lo segundo al dinamismo. Es una sociedad extremadamente militarizada, su gasto bélico es inmenso, pero no ha resuelto satisfactoriamente los requerimientos básicos de su población: el subconsumo y la penuria de artículos esenciales son moneda corriente. El desarrollo técnico exige libertad de creación, pluralismo, un clima de franca controversia, pero la asfixia ideológica y la rigidez burocrática lo invaden todo. También es un mosaico de nacionalidades, de religiones, de lenguas, pero el concepto oficial de "pueblo soviético" sólo es un corto taparrabos de la opresión nacional gran rusa heredera del zarismo. Paz recuerda oportunamente que la historia del siglo XX no ha sido la de la lucha de clases sino la de los nacionalismos combatientes. Por ahora el sistema totalitario resolvió este haz explosivo de contradicciones con su instrumento clásico, la represión, y con el uso y abuso de la aventura exterior. La jerarquía moscovita no parece atinar en la resolución de los cambios que la sociedad soviética exige más que con la fuga hacia adelante: el expansionismo prosigue con todos los medios a su alcance. Y, sin embargo, el imperio se resquebraja. Los síntomas son alarmantes: Hungría, Checoslovaquia, Polonia, Afganistán, los disidentes ideológicos, los odios nacionales, los resentimientos religiosos, el ansia de democracia, los reclamos materiales. "La solidez de la Unión Soviética es engañosa: el verdadero nombre de esa solidez es inmovilidad. Rusia no se puede mover; mejor dicho, si se mueve aplasta al vecino —o se derrumba sobre sí misma, desmoronada".

Paz comienza su revisión del mundo del Sur, como se acostumbra llamarlo ahora, con una constatación que lamenta. Si bien el fin de los imperios europeos "fue un gran logro de la libertad humana", a la vez "el ocaso del colonialismo no fue el alba de la democracia". Carentes muchos de estos países —la mayoría— de la base de las democracias modernas, la clase media y el proletariado industrial, faltos también de educación política, fueron fáciles presas de la demagogia y el autoritarismo; muchos cayeron en el contrasentido absurdamente prestigiado de pensar el socialismo como instrumento de desarrollo cuando en realidad su única posibilidad es la de ser fruto terminal de un gran desarrollo previo, o al menos así fue concebido originalmente. Resultado: más atraso, más miseria, más violencia, más dependencia. La guerra se ha adueñado endémicamente de inmensas

regiones y la intervención de las grandes potencias sólo ha servido para azuzarla; Medio Oriente, Indochina, vastas zonas de Africa y, ahora, América Central son ejemplos patéticos y trágicos. A la vez "encaramadas en la ola de auténticas revueltas populares, las élites de revolucionarios profesionales han confiscado y pervertido las legítimas aspiraciones de sus pueblos (...) su acción, en el interior, es despótica; en el exterior, invariablemente belicosa".

Las revueltas han sido la nota dominante y original, al igual que la venganza histórica de los particularismos: "el verdadero tema de estos años". También la resurrección de las civilizaciones petrificadas: Irán, China, India, Japón, sujetos de sorprendentes mutaciones y algunas de ellas de logros inmensos, de los que el mayor fue el de incorporar la modernidad sin rupturas con su tradición milenaria, sino con modificaciones y adecuaciones de profunda sabiduría. Todo esto hilvana la gran advertencia: "Los norteamericanos y los europeos tienen que aprender a oír el otro lenguaje, el lenguaje enterrado" porque "ni la ciencia ni la técnica nos salvan de las catástrofes naturales ni de las históricas".

III

Seguramente se pueden rastrear muchas de las opiniones y argumentos del Paz de *Tiempo nublado* en varios de sus libros anteriores. Existe, sin duda alguna, una coherencia y continuidad notables en temáticas, preocupaciones, formas de la reflexión. Sin embargo, luego de una relectura de *Corriente alterna*, por ejemplo, el que en su tercera parte presenta anticipaciones particularmente significativas, debemos señalar una diferencia que podemos llamar de *tono*. La dimensión reflexiva de ese libro de fines de los sesenta y que además reúne artículos de toda esa década, aunque cargada de preocupaciones y problemas, no deja de reflejar un tinte más liviano y optimista, que el lector percibe distintamente. En contraste, *Tiempo nublado* es un libro cargado de urgencias, un libro que refleja las nuevas condiciones de los setenta: la violencia coagulada, el avance del nihilismo y del hedonismo vacío, de las ideologías totalitarias y los autoritarismos, pero por sobre todo esto, de la indiferencia y cobardía de aquellos que deberían sustentar el pensamiento democrático, del oportunismo y la demagogia. "Hemos entrado —dice Aron— en un nuevo período de tumulto, de ruido y de furor. Y esperemos que el ruido y el furor no arrasen todo".

¿Será la hora de las Iglesias?, se pregunta Paz. Parafraseando a Gramsci, la ambigüedad entre el pesimismo de la conciencia y el optimismo de la voluntad deja su marca en el texto. La afirmación en torno a lo desigual de la batalla por la democracia en América Latina y de la necesidad, pese a ello, de librarla, o la visión de que aun en el peor momento de la creciente aberración ideológica —teológica o totalitaria— subsista un pequeño grupo de hombres que resista la seducción de la omniscencia divina como ahora a las tentaciones de la omniscencia revolucionaria, marcan con fuerza esta tensión entre la esperanza y la desesperanza en el pensamiento político de Paz. No caben dudas de que hay elementos para ser pesimistas, pero *Tiempo nublado*, en definitiva, no lo es: "somos hijos del tiempo y el tiempo es esperanza". Es la asunción lúcida de los graves problemas de la hora, de las indóciles y complejas batallas de un pensamiento crítico que se resiste a la domesticación y al servilismo. De allí que como afirmaba Marimón en un ensayo sobre *El ogro filantrópico*, "antes que como escritura sagrada, la de Paz debe leerse como un estímulo a la reflexión, y es en este rasgo donde resi-

de —para nosotros— el aspecto mayor de su fuerza, tanto cognoscitiva como política".⁷

Octavio Paz se inscribe, y esto no es nuevo, *Tiempo nublado* sólo lo confirma una vez más, en la gran tradición del pensamiento crítico de América que tornó constituyente de sí mismo, cualquiera fuese el quehacer específico de sus actores, la reflexión sobre la realidad política y social, la defensa de los valores democráticos y de la dignidad de los individuos, la continuidad con la mejor tradición de Occidente modernizador, a través del ejercicio crítico del lenguaje y la no abdicación de la lucidez a despecho de todas las ortodoxias. Sarmiento se reclamaba maestro —lo era y de los mayores—, Paz se afirma como poeta —"Mi pasión es la poesía y mi ocupación la literatura", dice en la introducción de *Tiempo nublado*— pero en ambos, para citar sólo dos extremos de esta tradición, encontramos la rebeldía, la revuelta contra las imposiciones adocenadas, los mitos ideológicos. "Tengo los puños llenos de verdades", decía el argentino. Paz mismo definió este quehacer: "Lo que a mí se me hace inaceptable es que un escritor o un intelectual se someta a un partido o a una iglesia (...) La crítica es para mí una forma libre del compromiso. El escritor debe ser un francotirador, debe soportar la soledad, debe saberse un ser marginal. Que los escritores seamos marginales es una condenación que es una bendición. Ser marginales puede dar validez a nuestra escritura. Y debo decir algo más sobre la crítica: para mí la crítica es creadora. La gran diferencia entre Francia e Inglaterra por un lado, y España e Hispanoamérica por el otro, es que nosotros no tuvimos siglo XVIII. No tuvimos ningún Kant, ningún Voltaire, ningún Diderot, ningún Hume".⁸ En este párrafo se expresa su concepción de la función, también de su función, de los intelectuales en la hora actual, fundado en un diagnóstico profundo e iluminador: no tuvimos modernidad por las peculiaridades de nuestra génesis histórica. Deben ser los intelectuales latinoamericanos de hoy los padrinos de ella, cumplir el papel de refundadores de esa tradición frustrada en nuestras tierras. Sin pensamiento crítico no hay modernidad, sin modernidad no hay democracia. Esta es la ecuación del aquí y el ahora de los pensadores de nuestra América.

Pero su obra muestra también una segunda dimensión fundida indisolublemente a la primera. Preocupación que el "realismo" desecha por ingenua pero que tiene todo el valor de una admonición y de un programa: "El secreto de la resurrección de las democracias —y así de la verdadera civilización— reside en restablecer el diálogo entre moral e historia. Esta es la tarea de nuestra generación y de la siguiente".

Notas

1. Horacio Crespo / Antonio Marimón, *América Latina: el destino se llama democracia. Entrevista a José Aricó*, en *Revista de la Universidad de México*, Volumen XXXIX, Nueva Epoca, número 24, Abril /1983.
2. Octavio Paz, *Tiempo nublado*, México, Seix Barral, Biblioteca Breve, 1983.
3. Masao Yamaguchi, *Octavio Paz: su visión de la historia*, en *Sábado*, suplemento de *onomásuno*, 23 /diciembre /1978, número 58.
4. Octavio Paz, *Posdata*, México, Siglo XXI Editores, 1970, págs. 114-115.
5. *La vie, ce bricolage... Un entretien avec le Pr. François Jacob*, en *L'Express*, 1585, 27/11/1981.
6. Octavio Paz, *Vuelta*, en *Vuelta*, número 1, Diciembre 1976.
7. Antonio Marimón, *Entre la crítica y la utopía, El pensamiento político de Octavio Paz*, en *Sábado*, suplemento de *onomásuno*, 21 / julio/ 1979, número 88.
8. Claude Fell, *Conversación con Octavio Paz: vuelta al "Laberinto de la soledad"*, en *Estudios de literatura hispanoamericana contemporánea*, México, Secretaría de Educación Pública, SepSetentas 268, 1976.